

VINO Y CINE DOCUMENTAL

Joaquín Ayala

*Cultura y territorio:
el vino en el cine de no-ficción*



JOAQUÍN AYALA

*Cultura y territorio:
el vino en el cine de no-ficción*

Permítaseme la impertinencia de comenzar este artículo con una (o dos) anécdotas personales. A consecuencia de mi azarosa conversión en cinéfilo del vino, he impartido a lo largo de la última década algunas charlas sobre la presencia del vino en el cine. En una de ellas, que se ocupaba del cine de ficción, nada más comenzar el acto, un pajarito perdido irrumpió en la sala y, tras golpearse varias veces en las vigas de madera del techo, cayó en mi mesa. Por supuesto, el pajarillo sobrevivió al accidente, y un buen samaritano lo devolvió a su plácido vuelo.

En otra ocasión, me ocupaba del cine documental. Habíamos empezado a ver una escena concreta de una película que más tarde citaré, cuando, de entre el público, alguien interrumpió la proyección para denunciar lo que, según él, era una burda manipulación maniquea del director, una secuencia basada en un falso juicio sobre la riqueza mineral del suelo que no había escapado a su experimentado ojo de viticultor acostumbrado a lidiar con la tierra.

En mi recuerdo, la primera incidencia emerge como una interrupción poética, una metáfora indefinida. En la segunda, en cambio, el realismo había mostrado su rostro más empírico y demoledor. Ambas me resultaron memorables, hasta el punto de que ahora me valgo de ellas para dar forma al escenario de las próximas líneas: el cine de no-ficción o cine documental, un cine en el que la convención de verosimilitud, que, por ejemplo, nos permite creer que un despiadado bróker londinense cambia radicalmente de vida en contacto con el *terroir* de La Provenza, es sustituida ahora por la convención de verdad, que parte de la premisa de que todo lo que se nos muestra en un documental es y debe ser pura realidad.

Sin entrar aquí en honduras epistemológicas, digamos que el cine de no-ficción o documental ha vivido un considerable auge durante las últimas décadas que, a su vez, le ha llevado a tener un mayor protagonismo en la arena audiovisual y, en consecuencia, a ser diana de algunos discursos críticos que cuestionan su supuesta objetividad y asepsia. Según esa visión, la fidelidad documental, científica, que se atribuye al documental y que tradicionalmente se ha contrapuesto a la ligereza de lo narrativo, no deja de ser sino otra forma de representación de la realidad construida y estructurada, esto es, un discurso retórico que, mediante la reorganización de lo filmado, logra provocar en el espectador un efecto persuasivo en relación con la realidad que se está representando.

Pero volvamos al vino.

1. La cultura del vino

En un tiempo en que proliferan las *culturas de* casi todo, resulta incuestionable la existencia de una antiquísima cultura del vino a la que se suele situar en paralelo nada más y nada menos que al concepto de civilización. No en vano, se atribuye a Tucídides, historiador griego del siglo V a. C., la idea de que los pueblos mediterráneos comenzaron a salir de la barbarie cuando aprendieron a cultivar la vid y el olivo. En ningún caso se debe, por tanto, confundir dicha cultura del vino con sus manifestaciones más banales: los rituales asociados a la degustación y a su uso social. En palabras de Eduard Puig i Vayreda (2016):

En sentido amplio se puede entender la cultura del vino como el conjunto de mitos, tradiciones, conocimientos (históricos, científicos), obras de creación artística (plástica, literaria) y modos de vida (alimentación, ocio), que en torno a este producto han acumulado los pueblos que tienen como bebida distintiva y característica el zumo fermentado del fruto de la vid.

Leyendo esta precisa definición, me viene a la mente un lugar que tuve el privilegio de conocer en mis primeros viajes a la ciudad de Oporto. El *Solar do Vinho do Porto* era un bar gestionado por el *Instituto dos Vinhos do Douro e Porto*, que promovía los vinos locales y particularmente el vino de Oporto. En él se podían encontrar hasta 200 referencias de oportos diferentes, entre las que se hallaban no pocas rarezas. Estaba localizado en la *Quinta da Macieirinha*, cerca del Palacio de Cristal, y sus espléndidas vistas al *Douro* permitían otear desde las bodegas de Gaia hasta la desembocadura del río. En enero de 2012, víctima, como tantas otras cosas, de la crisis económica, cerró definitivamente sus puertas. Hoy, y merced al *boom* turístico que azota la ciudad, el local y su terraza se ha convertido, como no, en un nuevo restaurante de lujo.

Aquel mítico lugar era una muestra quintaesenciada de la existencia de esa cultura del vino en países de tradición vinícola como Georgia, Francia, Italia, Alemania, España y Portugal. Para ahondar un poco en este aspecto, me centraré en este último país, por predilección personal, por su riqueza y diversidad y porque así



Imagen 1. Antiguo Solar do Vinho do Porto, hoy restaurante Antiquvm (Oporto).

me puedo valer como anfitrión de un grandísimo cineasta que nos dejó en 2015, a sus 106 años.

Manoel de Oliveira estuvo activo como cineasta durante la friolera de 83 años y en la primera década de su carrera ya había filmado dos documentales en los que se encuentra presente el vino y su vinculación con la cultura portuguesa: *Douro*, *Faina Fluvial* (1931) y *Famalicão* (1941). En el primero, un documental de apenas 18 minutos, fijaba una mirada vanguardista sobre las actividades que se desarrollan cotidianamente a lo largo de la orilla derecha del río a su paso por la ciudad de Oporto, entre las que destaca el transporte del vino desde el *Alto Douro* con destino a las bodegas de Vila Nova de Gaia. En el segundo, dedicado, asimismo, a reflejar las actividades y costumbres populares de la ciudad del norte portugués que da título a la película, se representa hermosamente la disposición de las parras elevadas y la vendimia con escalera del célebre *vinho verde*. Se trata, en ambos casos, de filmes con vocación moderna, en los que las temáticas abordadas e incluso su condición de encargo en el segundo caso, no ocultan las claras influencias del cine de vanguardia del momento, ni su notable

sensibilidad y ritmo, que las emparenta con la gran referencia que supuso el poema fílmico *Berlín, sinfonía de una ciudad* (1927), de Walter Ruttmann.

Muchos años después, el propio Oliveira filmaría unas bellísimas imágenes de la poda de la viña en una de sus obras mayores, *Vale Abraão* (1993), filmada en gran parte en la zona vitivinícola del mismo nombre. Por cierto, que, mientras escribo estas líneas, me entero de la reciente muerte de su principal cómplice en aquella aventura, la extraordinaria escritora Agustina Bessa-Luís, autora del guion, escrito a solicitud del realizador para adaptar *Madame Bovary* al Portugal contemporáneo y a ese incomparable escenario de la región vinícola del *Douro*.

Los países del vino se nos muestran repletos de experiencias en las que vino y cultura van de la mano. En mi caso, cada una de las copas de vino de Oporto que me he bebido desde entonces —y las que espero seguir bebiendo— resultan inseparables tanto de esas imágenes de la película de Oliveira como de la experiencia de haber contemplado, desde el tren que discurre paralelo al río, el



Imagen 2. Viñas del Alto Douro (Portugal).

majestuoso paisaje de las viñas en terrazas escalonadas del Alto Douro. Esta región, no por casualidad, se enorgullece de tener la denominación de origen más antigua del mundo (cumplió los 260 años en 2016), gracias al Marqués de Pombal, primer ministro portugués, que en 1756 creó por ley la Región Demarcada del Duero, que se extendía a lo largo del valle del Duero y de sus afluentes, como forma de proteger los intereses nacionales.

Siendo el *Douro* la más universal, la riqueza y diversidad de la cultura portuguesa del vino presenta en Portugal otras muchas referencias míticas: las viñas enarenadas de Colares, los vinos de montaña del *Dão*, el Hotel Palacio de Buçaco y su legendaria carta de vinos...

A menudo se ha relacionado el vino tanto con la memoria individual como con la memoria colectiva (de nuevo la idea de civilización). Jonathan Nossiter, cineasta y escritor del que más tarde hablaré, llega a decir al respecto que el vino:

...es el único receptáculo vivo de una memoria personal —la del bebedor (o del productor), de su subjetividad, del recuerdo de esa subjetividad— y, al mismo tiempo, una memoria común, porque el vino es también memoria de un “terroir”, que lo expresa conforme a un gusto en constante evolución, constantemente activo. Como tal, es, ante todo, expresión de un lugar, portador de una identidad colectiva, de la historia de una civilización local y de la historia de su relación con una naturaleza específica (su suelo, su clima, etc.) (Nossiter, J., 2009).

2. Nostalgia del Absoluto

El problema es que esta idealización de la relación del hombre con el *terroir* y con el vino que produce deriva a menudo hacia derroteros esotéricos, cuasi religiosos, que acaban convirtiéndose en auténtico refugio, máxime cuando al otro lado acechan nada

menos que las *oscuras fuerzas* del consumismo, la globalización y la banalización contemporáneos.

En ese sentido, llama la atención que varios de los documentales que citaremos a continuación adopten una actitud cercana a lo que George Steiner reflejó en su libro *Nostalgia del absoluto*, en el que reflexionaba sobre el vacío moral y emocional que ha dejado en la cultura occidental la decadencia de los sistemas religiosos institucionales. Para ello, Steiner examina las mitologías sustitutivas de las religiones tradicionales que ofrecen, entre otros, el marxismo, el psicoanálisis y la antropología, todos ellos intentos de dar una respuesta universal a la crisis de sentido que afecta al hombre moderno a partir de la nostalgia de un estado ideal perdido, de supuesta pureza, al que se propone regresar. Por mi parte, he de confesar que, puestos a añorar un paraíso perdido al que volver, y frente a algunas de las alternativas mencionadas, la idealización del *terroir* me parece una de las propuestas más interesantes y sugestivas.

Pero volvamos al cine.

3. Documentales de autor

Hasta hace poco era relativamente fácil distinguir entre cine de ficción y documental; ni revestía especial dificultad diferenciar un documental convencional de otro con pretensiones más artísticas y autorales. Los primeros se nos presentaban repletos de bustos parlantes, montajes efectistas y no buscaban la complicidad activa del espectador, sino que los guiaban de la mano hacia la creación de un sentido unívoco que no admitía duda ni interpretación. El documental de autor, sin embargo, dialogaba con la tradición del propio género, sugería más que dictaba, y proponía nuevas fórmulas para forzar las fronteras y convenciones propias del género.

Hoy, probablemente debido al importante auge del género, esas diáfanos dicotomías se han enrarecido y no solo es incuestionable que las fronteras entre ficción y no ficción son ahora más difusas, sino que, además, el interés comercial por el formato documental ha hecho que este alcance éxitos populares sin precedentes y que incluso las actuales plataformas audiovisuales se lancen a producir películas que posan una mirada documental sobre los temas más variopintos.

El caso del vino no podía ser menos. De la práctica inexistencia hace un par de décadas de documentales cinematográficos (excluidos los televisivos y publicitarios) que abordaran el mundo del vino, hemos pasado a disponer de un buen puñado de títulos, más o menos afortunados, que han trascendido lo meramente divulgativo o expositivo para depositar sobre el vino una mirada a veces curiosa; otras, crítica y, como ya he insinuado, sobre todo, nostálgica.

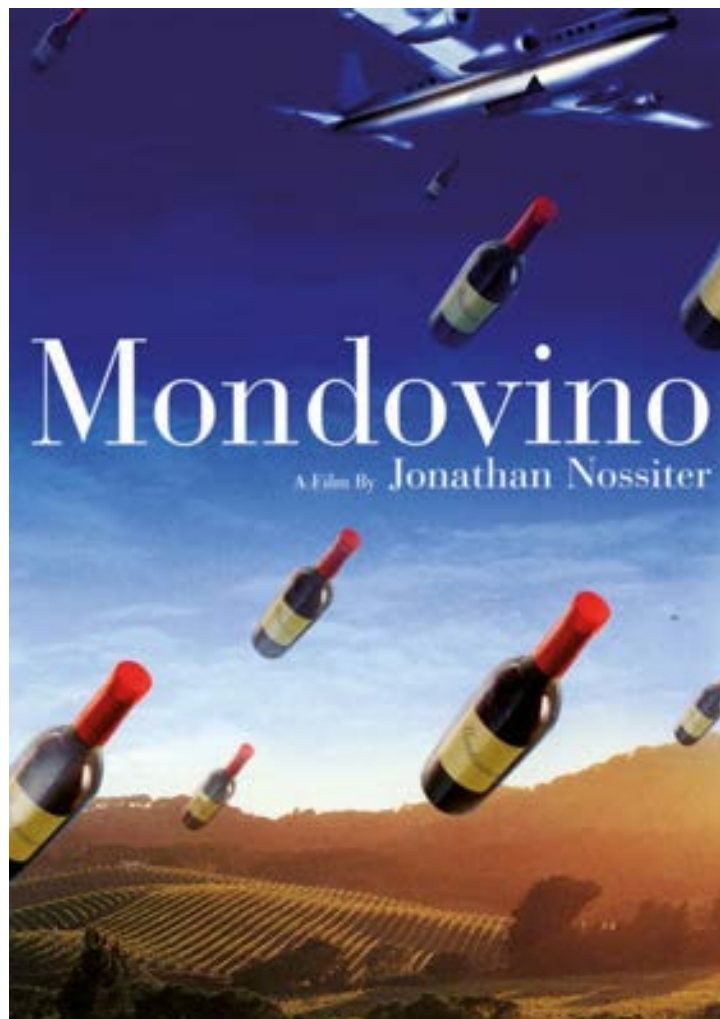


Imagen 3. *Mondovino* (2004).

El responsable de abrir esa veda no fue otro que el ya mencionado Jonathan Nossiter, nacido en Washington en 1961, pero hombre cosmopolita que ha vivido largos periodos en Francia, Inglaterra, Italia, Grecia y Brasil. En 2004 presentó su ya mítica película *Mondovino*, que cosechó numerosos éxitos en festivales de cine de todo el mundo, convirtiéndose en una clara representante del documental militante y crítico, en la estela del impacto causado unos años antes por *Bowling for Columbine* (2002), de Michael Moore, sobre el uso y posesión de armas de fuego en los Estados Unidos.

Mondovino se convirtió pronto en algo más que una película: su repercusión traspasó los límites de lo audiovisual y situó un debate, hasta entonces limitado a sectores muy específicos del sector vitivinícola, en el epicentro del interés social. En definitiva, vio

cumplida la máxima aspiración que puede perseguir una película documental: llegar a un público extenso, remover ideas asentadas y generar controversia sobre un aspecto apenas visible poco antes para un público general.

La película no dejó indiferente a casi nadie y su representación del sector vitivinícola como un campo de batalla entre las fuerzas de la globalización y las de la defensa de lo autóctono hicieron correr ríos de tinta en revistas y periódicos.

Las acusaciones de demagogia y manipulación no tardaron en llegar, pero más allá de las dicotomías de grano grueso que Nossiter incluye en su película, resulta innegable el fascinante poder de seducción de su discurso idealista y romántico, que puede ser de todo menos simplón:

Frente a las ideas de “cuna” o “nación”, comprendí un día la idea de “terroir”. Desde entonces, en cualquier sitio que viva, es el “terroir” lo que guía mi sentido del gusto.

Sin esa noción liberadora de “terroir” —en el vino, en el cine o en la vida—, la individualidad, la dignidad, la tolerancia y la civilización común no existirían. El “terroir” es un acto de generosidad. Es la diversidad de lo particular puesta al servicio de lo general. Es lo opuesto a valores sectarios o reaccionarios. Una forma única de compartir con el resto del mundo la belleza de una identidad, de una cultura. El modo de emplear lo local, no para excluir, sino para incluir, para iniciar a cada uno de nosotros en el misterio y la belleza específica del “otro”. Sin que importe qué “otro”.

La defensa del terruño no es sinónimo de un apego reaccionario y obstinado a la tradición. Al contrario, supone la voluntad de avanzar hacia el futuro, permaneciendo sólidamente arraigados en un pasado colectivo, en el que las raíces puedan desenvolverse y evolucionar en libertad, en el presente, a fin de conquistar una identidad bien definida y merecida. Un modo de luchar contra la homogenización implacable de ciertas fuerzas globales. El único modo de avanzar de manera ética: respetando el pasado, tomándolo como punto de referencia, pero no imitándolo. (Nossiter, J., 2009).

4. Después de *Mondovino*

Tras el éxito de *Mondovino*, aparecerán otros documentales de calidad notable, la mayoría de ellos ya durante la presente década, que, en buena lógica, reflejan también el interés social y cultural que ha llevado aparejado el desarrollo del sector vitivinícola en épocas recientes. En cualquier caso, y digámoslo cuanto antes: lo más importante que ha pasado en este ámbito después de Nossiter sigue siendo Nossiter.

No obstante, haré referencia a varios títulos que, sin representar aportaciones definitivas al género, sí han venido a profundizar o matizar algunos de los elementos ya enunciados. La primera película que quiero mencionar es *Jerez y el misterio del palo cortado* (2015), de José Luis López Linares, prestigioso autor hispano de documentales tan relevantes como *Asaltar los cielos* (1997) o *Extranjeros de sí mismos* (2000). Se trata de una película sobre el universo de Jerez, sus vinos y su gente. Hermosamente fotografiada, con una excelente documentación histórica y cuyas bazas

principales son el fascinante papel desempeñado por los caldos de Jerez en la historia del vino internacional y el misterio que rodea a uno de sus productos menos conocidos: el palo cortado. La película demuestra, ante todo, que las fricciones entre las presiones comerciales y el respeto a la tradición no son nada nuevo. El largo devenir del esplendor, caída y resurgimiento del interés internacional por los vinos de Jerez así lo atestiguan.

Por su parte, otras dos producciones —una australiana y otra norteamericana— insistirán, cada una a su manera, en reflejar las frenéticas mutaciones vividas por el sector y cómo estas afectan a las tradicionales formas de entender la viticultura. En la primera de ellas, *Red Obsession* (2013), de David Roach y Warwick Ross, asistimos guiados por la potente voz de Russell Crowe a la reciente obsesión de los chinos por el vino tinto de lujo y, en particular, por los vinos franceses de renombre de la región de Burdeos. En una especie de versión perversa del efecto mariposa, la circunstancia de que los adinerados empresarios chinos hayan encontrado en el coleccionismo de burdeos un efectivo símbolo de estatus social ha provocado un imparable aumento en el valor de las más famosas etiquetas francesas y, por tanto, que algunas de estas clásicas bodegas hayan introducido cambios en sus estrategias productivas y comerciales.



Imagen 4. *Red Obsession* (2013).



Imagen 5. *Blood into wine* (2010).

En el segundo caso, *Blood into wine* (2010), de Ryan Page y Christopher Pomerence, se nos da a conocer la aventura emprendida por una estrella de rock americana, Maynard James Keenan, que, junto a su socio, el enólogo Eric Glomski, decide invertir sus ahorros en crear su propio viñedo en lo que a priori parecía un inhóspito lugar de Arizona. En definitiva, una nueva forma de obsesión, mezclada en este caso con una cierta nostalgia que impulsó a Maynard a regresar a ese mundo del vino al que habían pertenecido su abuelo y su padre. De nuevo, el paraíso perdido. La cinta se nos muestra irregular en sus pretensiones y con un uso desenfadado del humor que no impide que afloren a lo largo de la película algunos de los temas esenciales del género: la vinculación con la tierra, el vino como creación artística, el poder de la prensa especializada y la complejidad del proceso que permite obtener un buen vino.

Al menos someramente citaré, a continuación, algunos otros documentales de esta última década que considero merecen ser visionados: *Les saisons de Marie-Thérèse Chappaz* (2010), de Fred Florey; *Gusto de tierra, gusto de vino* (*Gust de terra, gust de vi*, 2010), de Quim Paredes; *Escaping Robert Parker* (2013), de Edward Burley o el díptico constituido por *Somm* (2012) y *Somm, into the bottle* (2015), ambas dirigidas por Jason Wise.

Pero volvamos a Nossiter.

Ninguna de las películas que acabo de mencionar tiene el interés, desde el punto de vista cinematográfico y cultural, de las dos entregas que este director ha dedicado al vino y a las distintas formas de resistencia contra las fuerzas niveladoras de la globalización y el consumismo. Nossiter, que ya tenía en su haber una notable película de ficción con protagonismo del vino, *Sunday* (1997), no se ha limitado únicamente a su faceta de director, sino que ha escrito, además, varios libros y desarrollado una frenética actividad militante y comprometida, ejerciendo de *actor cultural* en...

...un escenario donde la cultura queda reducida a un papel acabadamente ornamental dentro del espectáculo y el entretenimiento, una mera dimensión más del consumo. (Nossiter, J., 2018).

Su segundo documental sobre el vino y la agri-cultura, *Resistencia Natural* (2014), nació, según sus propias palabras, gracias a una *fermentación espontánea* durante una reunión de amigos y viticultores naturales en la Toscana. Más ligera y desenfadada que su anterior entrega, las dos principales virtudes de esta película son su capacidad de proporcionar una visión a la vez poética y realista de las luchas y modos de vida de los viticultores resistentes y el sugerente paralelismo planteado entre vino y cine, con la apoyatura de la célebre Filmoteca de Bolonia y sus esfuerzos para la preservación del cine clásico.

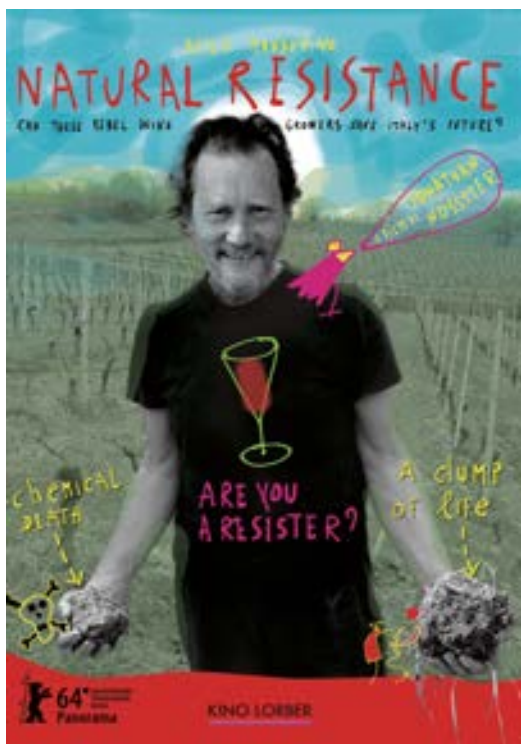


Imagen 6. *Natural Resistance* (2014).



Imagen 7. *Gosto e Poder* (2009).

Nossiter no duda en combinar su profundo respeto por la cultura y la agri-cultura con otras armas, como su finísima ironía para diseccionar el mundo contemporáneo o su talento arrollador para generar complicidades y descubrir para la cámara a inolvidables personajes. Como ya había hecho en alguno de sus libros, vuelve a señalar aquí al vino y al cine como ejemplos de territorios en los que continuamente surgen alternativas para un rescate de la cultura frente al avance del mundo del consumo. Todo ello con un nuevo telón de fondo insoslayable: la preocupación ecológica-existencial. En definitiva, se trataría, en sus propias palabras, de...

...reimaginarnos ciertas cuestiones estéticas, políticas y culturales como, ante todo, y en esencia, cuestiones ecológicas. (Ibídem).

En *Gosto e Poder* (2009), la versión portuguesa de su libro más exitoso (aún no cuenta con traducción española), el autor desmitifica el mundo de los vinos al tiempo que relaciona enología, cultura, arte y cine, incitando al lector a cuestionarse éticamente su concepción del vino y sus hábitos de consumo:

El terruño no es una cosa fija, en términos de gusto o percepción. Es una forma de expresión cultural que nunca ha dejado de evolucionar. La particularidad de nuestra época se sitúa en que el cambio es instantáneo y universal. Antiguamente, el sentido profundo del "terroir" evolucionaba a lo largo de varias generaciones, a lo largo de los siglos: lentamente, saber y experiencia se acumulaban como estratos de sedimentos, como los fundamentos geológicos del propio "terroir". Hoy, esos estratos desaparecen de la noche a la mañana y se



Imagen 8. Resistencia Natural (2014).

renuevan prácticamente en cada cosecha. ¿Qué peligro hay en ello?, se preguntan los más sinceros abanderados del progreso y la modernidad. La amenaza de aniquilar nuestra memoria histórica, es decir, nuestra única protección contra las mentiras del marketing y la cínica especulación de los mercados, de la cultura y de la política mundial. La lucha por la defensa de la individualidad del vino, por la supervivencia del gusto individual frente a las fuerzas niveladoras del poder impersonal, es, por tanto, una lucha –como la que se desarrolla en el mundo del cine– que nos afecta a todos. Si esas diferencias, esas expresiones de la diversidad, ese hilo de vida que nos une al pasado son amenazados, ¿quiénes serán los responsables de decidir qué se debe preservar y proteger? (Nossiter, J., 2009).

Personalmente, valoro en los trabajos de Nossiter una pasión y compromiso siempre estimulantes para todo el que se cuestione los cambios culturales y sociales que le rodean. Siendo consciente de la facilidad con que sus textos y películas derivan a veces hacia idealizaciones y maniqueísmos, encuentro en él reflejo de mis propias inquietudes: sigo desconfiando de la adopción casi universal del estilo internacional en la elaboración de vinos, por cuanto supone un peligro para la desaparición de las singularidades, la homogeneización planetaria del vino; pero también soy consciente de la riqueza de los nuevos vinos que se está logrando dar a conocer a públicos más amplios gracias a una cierta estandarización, que ha permitido llamar la atención sobre esos vinos singulares u *oscuros*, como los denomina Matt Kramer. Seguiré fiel a la nostalgia de los primeros vinos de Taganana que probé

hace años, a los vinos de pata herreños, a los de tea del norte de La Palma, a los dorados oxidados de forastera gomera de mi juventud, pero también espero ansioso probar los muchos vinos modernos que están surgiendo de la reinterpretación de esas tradiciones.

Pero, por encima de todo, sí coincido con Nossiter en la necesidad de que nos repitamos una y otra vez que el vino es una parte importante de nuestra identidad, que es el guardián de nuestro paisaje y de las pocas cosas que ostentan el mágico atributo de unirnos a nuestro pasado y a nuestro futuro. Quizás repitiéndolo muchas veces, no lo olvidemos tan fácilmente y dejemos de confiar en que otros protegerán lo que debemos proteger nosotros.

Bibliografía:

Nossiter, J. (2009), *Gosto e poder*, Companhia das Letras, São Paulo, (Traducción propia).

Nossiter, J. (2018), *Insurrección cultural*, Piloto de Tormenta, Buenos Aires.

Puig i Vayreda, E. (2016), *La cultura del vino*, Editorial UOC, Barcelona.

Steiner, G. (2001), *Nostalgia del absoluto*, Siruela, Madrid.